

12 DE OCTUBRE

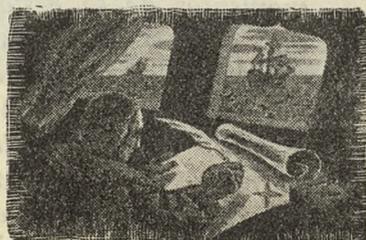
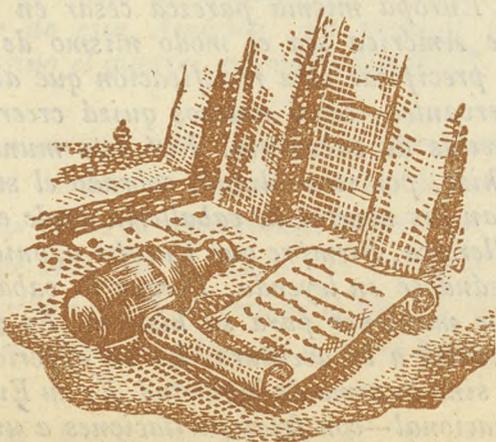


*Geoplicia, porque se figura el alegórico Titulo de Maria, la Nave del Divino, Navegable JESU CRISTO que de lejos Conduce al Mundo el Verdadero PAN de Vida*

*Copia de la Imagen de Maria Santissima de Rosario Capitana y Protectora de las Flotas de España*

LA GALEONA: Nuestra Señora del Rosario, capitana y protectora de las flotas de España, pintada por Murillo. Lámina del siglo XVIII, de la colección de D. Enrique Ruiz-Guiñazú.

# MANUSCRITO ENCONTRADO EN UNA BOTELLA



"Alta ya la noche, mis hombres fueron yéndose al sueño. Yo mismo creí caer sobre mi cansancio, aunque la emoción de la jornada, todavía encendida, quemaba mi reposo. Me entristecía ver cómo se consumían los minutos de la realidad más codiciada y cómo la fecha misma de todas mis ansias y ambiciones, la fecha de mi gloria y de mi nombre, marchitaba su laurel con la misma velocidad mortal, y

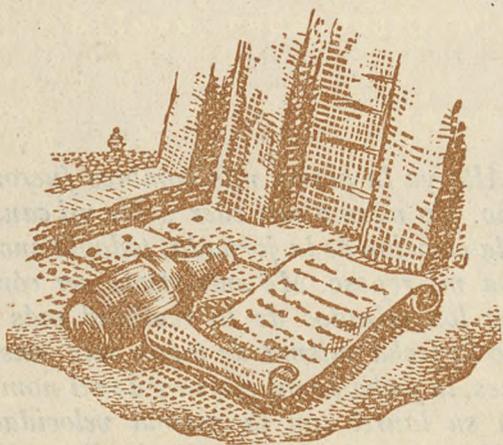
aun tal vez con mayor precipitación que cualquier otro día ineficaz. No debía dormir, sino velar sobre la ceniza nocturna del primer día de América. Extrañará que use este nombre, no porque me hiera, sino por futuro. Pero sólo estando en mí, en el temblor de esta noche ecuménica, puede ser explicado este apocalipsis personal—irresistible para la memoria por su pavorosa falta de tiempo—. No voy

a narrar su alucinación ni espero ya más recordarla. Pero viendo morir este 12 de octubre de 1492, tanta herida me hizo el tiempo, que pude escapar por ella—como debe salir el alma del que cae por la espada—a esa luz fija y central a cuyo rededor circulan el pasado y el futuro serenamente eternos y presentes. Si fué el nivel de la fecha, tan extrema y decisiva, no lo sé. Lo cierto es que compartí su inmortalidad en un trance de esta noche y que ahora—vuelto el tiempo y antes de que la memoria, desacostumbrada a recordar el futuro, disuelva su revelación— escribo esta carta para el mar, esperando que el agua la transporte en su misterio y la entregue al hombre en una ribera y en una edad oportunas.

"Ahora sé el límite justo de mi figura. Para ser humano, dejaré intacto a la historia mi propio enigma, con la sonrisa triste que necesitan los héroes. Una cosa he comprendido esta noche, y es que las edades vuelven a hacernos a su imagen y semejanza; que mi ser apenas es una chispa inicial del ser que miles de hombres acumularán en mí, pensándome y viviéndome en el vivo desarrollo de mis errores y de mis virtudes. Porque todo acto sucede para siempre. Sin embargo, debo rectificar para la historia—y no para mi biografía—lo que he oído decir tras de mi muerte. Que "Cristóbal Colón murió sin saber lo que había descubierto". Esto me arrebató un misterio y debo devolverlo. Precisamente eso es América, un incesante descubrimiento, una incógnita que se vive en un no saber lo que se ha descubierto. Un morir como yo, que será el morir de tantas generaciones americanas. Yo no descubrí lo que podía saberse. Yo llevé a una historia su origen; de ahí que esa historia tendrá que moverse—al revés de la europea— en un desequilibrio donde pesará mucho más el futuro que el pasado. Y no propiamente porque sus pueblos sean jóvenes—pues hijos nuestros serán y de una manera o de otra llevarán todo el pasado europeo o todo el pasado asiático a sus espaldas—, sino por tener un quehacer histórico inaugurado y continuado como descubrimiento.

"El nombre de "Nuevo" Mundo no es el nombre de lo que yo encontré, sino la meta de lo que América, a través de su historia, tiene que encontrar. Por eso esta noche de octubre queda tan erecta y lineal entre el ayer y el mañana. Porque he atravesado el mito del mar sólo para encontrar el mito de la Tierra, y todo el sueño antiguo ha desembocado por la abertura de mi descubrimiento sobre este mundo novedoso, y el pasado de allá no servirá más para retener, sino para empujar, como los vientos que impulsaron el velamen de mis carabelas, que viniendo de Europa, de Europa me alejaron. ¿Acaso no es ésta la continuación y el proceso de Occidente? Si yo hubiera muerto sabiendo lo que había descubierto, Europa hubiera muerto conmigo. Pero España era mucho más soñadora que los que cerraron, soñando, las puertas del mar. Estaba dispuesta a realizar la utopía, y es injusto que se niegue al futuro de América esta vocación que permitió su origen. España fué la única capaz de soltar su pasado como una descarga hacia el porvenir, y desde hoy su historia no podrá ser justificada sino por América, porque prefirió el descubrimiento a la experiencia, la aventura a la seguridad, la invasión del enigma futuro hasta lejanas e imprevistas edades, que la prudente elaboración de un perfecto presente.

"Yo, sin embargo, no podré decir lo que está vedado sobre la realización de esta utopía. Escrito está que moriré sin saber lo que he descubierto. Pero me queda libertad para el consejo, y si América debe vivir un incesante 12 de Octubre, bien está que recuerde, en mi nombre, que América fué descubierta por Europa; pero debe sujetar su otra posibilidad y memorar que este mismo día fué también Europa descubierta por América, y más aún, que gracias al 12 de Octubre, América puede ser descubierta por América. La aventura del mundo nuevo gira y apunta a este triple descubrimiento, y no es difícil que en muchos momentos de la historia—cuando Europa misma parezca cesar en su apetito de porvenir—el descubrimiento de América sea el modo mismo de descubrir a Europa. No sé si hago mal en precipitar otra rectificación que algún autor hará luego. Pero fui yo y no Cervantes—como muchos quizá creerán—quien terminó decisivamente con las novelas de caballería. Fué este mundo "descomunial"—y no el Quijote—quien hizo, por su realidad, sobrado el sueño. Porque era inevitable que se terminaran las novelas de caballería desde el momento que se iniciaba una historia caballescica. Siempre que Europa agonice leyendo, debe resucitar en América, realizándose en leyenda. Porque lo caballescico es lo único que América tiene y debe mantener para su historia. Es su pasado, porque no le retiene sino que le incita a la aventura. Es su experiencia, porque no la envejece para el sosiego, sino la arma de inquietud. Es su Europa, porque no la sujeta a la sola norma racional—con frías invitaciones a una sabidu-



ría no vivida—; antes la atesora de libertad, dándole a la Verdad lo que es de la Verdad, y a la imaginación lo que es de América.

"Lo que yo vi de fábula—borracho de estrellas—lo verán luego mis sucesores. Unos, todavía con el mundo antiguo en sus ojos, perseguirán los viejos mitos con el heroísmo que sólo fueron capaces de concebir los descubridores de Europa. Ulises y Amadís llegarán a ser contemporáneos. Porque América, realizando la utopía, tiene amazonas y fuentes de juventud, dorados y perdidos paraísos, no por ventura paradisíaca, sino por ese signo agitador y atlántico que la reserva para un vivir poético donde el hombre de Occidente sabe que ni la tierra ni la historia ponen puertas al canto. América escapará a muchas normas, porque su aventura la lleva a realizar en su Nuevo Mundo un mundo nuevo. Desde hoy he sentido esta rara seguridad de que lo posible es posible, y no encuentro mejor gloria que haber presenciado, a siglos de más allá, que mi primer descubrimiento ha de persistir en el sueño del hombre futuro como llama de aventura y como encendido anhelo de poesía.

"Contemplo, sin embargo, la futura bifurcación de esta empresa de novedad. Contemplo la división en dos Américas, en dos modos de utopía, en dos contenidos de aventura de este continente que hoy desvelé de su reserva. Una de ellas, evitando el misterio nativo, reunirá el sueño de Europa en la utopía de la técnica y en la convivencia del reino de este mundo. La otra, introducida en el corazón del hombre que expresa esta tierra, sumergirá su esperanza a una profundidad de edades que yo mismo temo; pero su sueño lo construye sobre una Verdad que—por contar con la muerte—abre al reino del mundo no sólo la seguridad del tiempo, sino la otra seguridad de proyectar su esperanza en lo eterno.

"Quizás he sufrido la tentación—por mi calidad de descubridor, por fidelidad a esas horas en que mi gloria dependió de mi ciencia—de inclinar mi preferencia hacia esa América que tomó la técnica como aventura y cuya perfección halaga al hombre en todo su deseo temporal. Pero una vez más he contemplado la ceniza de este 12 de Octubre y he sentido, por el dolor de lo efímero, la necesidad de una historia por donde circule una intención no perecedera, y donde la realidad siempre posea el mínimo de dolor y de muerte capaz de expulsarnos a la inquietud. Porque yo, más que descubridor, soy un aventurero; más que investigador del mar, soy caballero navegante, y la poesía vital cuyo descubrimiento he inaugurado no está en encontrar un mundo confortable, sino un mundo que constantemente me descubra mi propia inconformidad.

"Por eso insisto en colocar mi descubrimiento sobre esta otra tierra y en señalar para ella el destino que yo traje. Yo, Cristóbal, transportador de Cristo, que creí encontrar el camino más corto entre Europa y Asia, soñando una futura empresa caballeresca, que era rescatar—por la ruta del mar—el Santo Sepulcro. Pero en mi aventura se cruzó esta nueva tierra—surgida del agua que es sepulcral y por ello bautismal—, desviando mi futura Cruzada ambiciosa de Dios hacia una cruzada misionera del prójimo. Así clausuró América el sueño de Europa, y así comenzó el sueño de esta América: no rescatar la tumba, sino el cuerpo mismo de Cristo..."



Alegoría de AMERICA. Cobre de Juan Stradano. Florencia, fines del siglo XVI.

Muchos párrafos más siguen en el manuscrito, y al final saluda al hombre venidero la conocida firma latina de CRISTOBAL COLON. He sentido temor de trasladar a este 12 de Octubre de 1948 todo el vaticinio del alucinado. Una maldición advierte que a cada tiempo debe darse lo suyo. Y he cerrado el frasco y lo he sellado para arrojarlo de nuevo al mar, tesorero del mito y del enigma de la nueva Atlántida.